

Lucía Guerra Cunningham
Universidad de California, Irvine
lcunning@uci.edu

La Guerra Civil Española desde los retazos dispersos de otras historias

The Scattered Fragments of the Other History of the Spanish Civil War

Resumen

En los márgenes de la Historia Oficial sistematizada y filtrada por una perspectiva ideológica, fluye otra historia de sucesos no ordenados, voces reales o ficticias, imágenes testimoniales que, a través de lo visual, ponen en evidencia el registro de un presente que corresponde a lo ausente. En este texto autobiográfico, esta otra historia de la Guerra Civil Española se inscribe en el ámbito de lo vivencial, en la esfera de una Subjetividad que reacciona intelectual y emocionalmente ante los fragmentos dispersos de ese desastre inserto en la memoria, en la cotidianidad, en el arte y la literatura.

Palabras claves: nociones de la historia, testimonios, poder dictatorial, impacto de la Guerra Civil Española en Chile y Estados Unidos, ambigüedad del Mal.

Abstract

On the margins of Official History systematized and filtered by a specific ideological perspective, runs the flow of another history composed of events not yet ordered, real or fictitious voices, testimonial images that through the visual, evince an inscription of the present which also corresponds to the absent. In this autobiographical text, this other history is inscribed in individual experience, in the sphere of a Subjectivity that reacts both intellectually and emotionally to these scattered fragments of a disaster inserted in memory, everyday life, art and literature.

Keywords: notions of history, testimonials, fascist power, the impact of the Spanish Civil War in Chile and the United States, the ambiguity of Evil.

Generalmente, asociamos la Historia con aquel recuento oficial de los hechos que ya ha pasado por un proceso de sistematización y aspira a darnos la impresión de una Totalidad ordenada de acuerdo a una serie jerárquica y a una temporalidad en la linealidad de lo estrictamente cronológico.

Sin embargo, la otra historia (sin mayúscula y en los márgenes de la historia oficial) llega hasta nosotros a través de fragmentos dispersos, voces reales o ficticias, imágenes que ahora pertenecen a un pasado por siempre ido. La Guerra Civil Española llegó a mí inserta en esta historia otra y fuera de toda ordenación filtrada por una perspectiva ideológica determinada engendrando vivencias que, a pesar de toda epistemología rigurosa, produjo otra modalidad del Saber.

--¡Pobre don Alfonso! Dice que no puede regresar a España hasta que Franco muera—comentó mi padre mientras cenábamos.

--Debe ser muy triste vivir tan lejos de la patria—agregó con un gesto de compasión.

Yo debo haber tenido unos seis años porque, en esos días, estaba aprendiendo a leer.

--¿Y quién es Franco, papá? —le pregunté.

--Un dictador, un terrible dictador.

--¿Y qué es un dictador? —inquirí esperando una de esas largas explicaciones que solía darme.

--Un loco sanguinario que, por sus ambiciones de poder, encarcela y mata a otros seres humanos.

--No le expliques más—interrumpió mi madre—. Es demasiado niña para saber de esas cosas.

Don Alfonso era un señor español que tenía un almacén en la esquina de mi casa y muchas veces, me sentaba con una amiga en el escaño a la entrada de su negocio para escuchar lo que decía porque me entretenían sus palabras raras y esas “jotas” muy fuertes y guturales que nada tenían que ver con la consonante suave de los chilenos quienes transformamos la palabra “mujer” en “mujier”.

Así, en plena infancia, conocí aquello que, con el paso de los años, configuraría para mí, dos de las aristas más terribles del devenir histórico: la violencia causada por el exceso de poder y el exilio (de “exul” que significa “el desterrado”, “el que se ha ido”). Como señala Edward Said, el exilio es aquella profunda grieta impuesta entre un ser humano y su lugar natal, dando origen a una Subjetividad condenada a vivir lejos de su verdadero hogar y en la escisión de un aquí y un allá. Para Said, el exilio engendra un estado discontinuo del Ser en una tristeza que adquiere una permanencia esencial.

Don Alfonso era uno de los 2.200 refugiados de la Guerra Civil Española que llegaron a Chile y como todos ellos, tras enfrentar los horrores de la guerra, debió reconstruir su existencia en otro país. Hoy me pregunto cómo era capaz de atender a sus clientes de manera tan alegre y dicharachera y me imagino que, tras su risa y buen humor, subyacían el miedo y la angustia vividas en sus experiencias durante la guerra como, asimismo, un velo de tristeza por la patria perdida. Aquella nostalgia del espacio nativo que, según los especialistas en Geografía Humana, no solo se trata de un Estar-en-el-Mundo heideggeriano sino también de una localización somática que une al cuerpo con el espacio vivido. Nunca se lo oyó hablar de la Guerra Civil en

ese proceso de la posmemoria definida por Marianne Hirsch como aquellos relatos, generalmente orales, que se transmiten de una generación a otra y al adquirir voz, poseen un valor semejante al de la catarsis. Hoy también me pregunto cuánto esfuerzo habrá significado para él silenciar sus recuerdos en aquel nuevo entorno chileno donde las escenas bélicas solo eran vistas en alguna película y a modo de entretenimiento. Y me lo imagino riendo mientras, de manera soterrada, corría el flujo de la memoria no verbalizada.

Nunca conocí su historia aunque, con el paso del tiempo y otros retazos acerca de la Guerra Civil Española, me ha parecido verlo corriendo por alguna calle bajo la amenaza de un bombardeo o en aquel grupo de muchachos avanzando hacia el sitio de una nueva batalla.

Varios años después, en una mañana de invierno opacada por nubes oscuras que anunciaban lluvia, los versos de García Lorca inundaron la sala de luz, ritmo y color. “Verde que te quiero verde. Verde viento. Verdes ramas. / El barco sobre la mar / y el caballo en la montaña”, leíamos en voz alta y era como si estuviéramos cantando una de esas canciones que tocaban en la radio el 12 de octubre, en ese tiempo llamado Día de la Raza. La profesora, consciente de nuestro entusiasmo, nos trajo en la próxima clase otros poemas de García Lorca y nos habló de su vida tronchada por un pelotón de fusilamiento. (“Muerto cayó Federico / --sangre en la frente y plomo en las entrañas—”, escribió Antonio Machado en “El crimen fue en Granada”). Muchos años después y en un país remoto, la adolescente que fui, recibió el impacto de este incidente trágico de la Guerra Civil Española—tema que no se había incluido en el curriculum regular de la educación secundaria.

Y esta vez, mi padre sí que pudo hablarme de las atrocidades cometidas por Franco y las penurias y quebrantos del pueblo español bajo un régimen en el cual hasta los niños debían hacer el saludo fascista y jurar amor eterno a Dios.

Dos días después, llegó a la casa con el libro que me había recomendado leer: *Por quién doblan las campanas* de Ernest Hemingway, una de las novelas más leídas en Chile durante esa época. Fue así como las vivencias en la cotidianidad de la infancia y la adolescencia fueron ahora suplantadas por un microcosmos de violencia, de amor y fraternidad, de personajes creados por un autor que fue testigo de algunos sucesos mientras trabajaba como corresponsal de guerra para el diario estadounidense *Alliance*. En su artículo “Frente a la muerte” publicado el 30 de septiembre de 1937, Hemingway cuenta: “Un proyectil acaba de hacer explosión en un edificio de una callejuela más allá del hotel donde estoy mecanografiando estas líneas, afuera hay un niño llorando y un miliciano lo ha tomado en brazos y le prodiga palabras de consuelo”.

Por quién doblan las campanas se gesta en ese espacio ambiguo que difumina las fronteras establecidas entre la Historia y la Ficción. Allí se da el entrecruce de lo vivido, lo visto y lo imaginado aunque, para mí, todo aquello correspondía a una realidad desgarradora impregnada de conflictos humanos, de actos agresivos y de un genuino amor entre Robert y María. Hasta ahora, la escena final de *Por quién doblan las campanas* me parece uno de los textos mejor logrados entre las innumerables novelas que he leído en mi vida. Robert Jordan yace sobre la tierra cubierta de agujas de pino, consciente de la derrota de la causa republicana y de su muerte inminente. Su corazón late produciendo un eco en la tierra, como un murmullo acompasado que nos hace evocar el ritmo y ciclo de la naturaleza misma, más allá de todo conflicto de poder entre los seres humanos.

Y este fue también el mensaje que me entregó Miguel Hernández en *Cancionero y romancero de ausencia (1938-1942)*:

Rumorosas pestañas
de los cañaverales
cayendo sobre el sueño
del hombre hasta dejarle
el pecho apaciguado
y la cabeza suave.
Ahogad la voz del arma,
que no despierte y salte
con el cuchillo de odio
que entre sus dientes late.
Así, dormido, el hombre
toda la tierra vale.

(Poema 43)

La rumorosa vegetación de los cañaverales cayendo sobre el sueño del soldado es una imagen que se asemeja al follaje de los pinos que arrojan su sombra sobre Robert Jordan, cobijándolo en el espacio ancestral de la naturaleza y la armonía primigenia. En el espacio cerrado y opresivo de la cárcel donde ha sido condenado por treinta años, Miguel Hernández escribe la vida como exorcismo de la muerte causada por diferencias ideológicas. Una vida potente y en constante germinación, una vida en la cual el amor y la sexualidad permiten a un hombre y una mujer integrarse plenamente a la tierra y al universo. (“Pide que tú y yo ardamos fundiendo en la garganta, / con todo el firmamento, la tierra estremecida”. Poema 61 “Hijo de la sombra”).

Al leer y releer los poemas de Miguel Hernández, siempre subrayando otras imágenes, quedaba con una asombrosa sensación de energía vital y trascendencia cósmica como única vía de resistencia contra ese turbio y sangriento flujo de muertes durante la Guerra Civil Española. Hernández canta y alaba los pechos de la mujer amada—maternos manantiales de miel—y toda ella le parece una colmena de leche con espuma mientras llora por ese otro mundo del cual es víctima. “Tristes hombres / si no mueren de amores. / Tristes. Tristes”. (Poema 59).

Como estudiante universitaria durante la década de los sesenta, los fragmentos vivenciales de la Guerra Civil Española adquirieron una relevancia conectada con la situación política en Chile. “Venid a ver la sangre por las calles”, gritaba un compañero citando a Neruda mientras avanzábamos por la Alameda en una demostración en contra del gobierno de derecha. Y en una clase de Historia, el profesor Fredes, con su lucidez siempre admirable, explicó parte de los factores de dicha guerra estableciendo una semejanza con las circunstancias de nuestro propio país. “La dialéctica de la Historia no es tan sencilla y mecánica. Ganará la izquierda en Chile, pero no será un triunfo definitivo. Como en España, se opondrán las fuerzas conservadoras y es muy posible que otro Franco envenene la vida de muchos de nosotros”, afirmó dando por terminada la clase.

“Yo creo que Fredes está exagerando. En Chile nunca pasará eso”, me comentó una compañera y yo, en silencio, contemplé los jardines del Pedagógico rodeados de árboles frondosos y sentí miedo. En ese Chile tajantemente dividido entre derecha e izquierda, ya resultaba usual que los estudiantes tiraran piedras o que un par de ellos se golpearan, y hacía solo dos días, cuando un político demócrata cristiano había venido a dar una conferencia, un grupo de

estudiantes le había arrojado huevos crudos que se rompían al estrellarse contra su cabeza y la tela de su elegante terno.

En esos años, la Guerra Civil Española era una sombra amenazante y al mismo tiempo, las metas políticas, la lucha heroica y la resistencia de los republicanos servían de modelo e inspiración para los sectores de izquierda. La inclusión de canciones de la Guerra Civil Española en el Long Play “X Vietnam” grabado por los Quilapayún en 1969 no fue fortuita. Tampoco lo fue la grabación de Víctor Jara cantando el poema de Miguel Hernández. (“Vientos del pueblo me llevan / vientos del pueblo me arrastran, / me esparcen el corazón y me aventan la garganta”.) Este rescate de voces resultó ser una premonición de aquello que ocurriría en 1973 tras el Golpe Militar. Otro suceso trágico que fui conociendo en breves y desgarradores fragmentos que ahora recibía en una ciudad universitaria en el Medio Oeste de Estados Unidos. Allí también bullía la efervescencia política expresada en las voces disidentes de los estudiantes *hippies* protestando contra la Guerra de Vietnam, en el tono firme y de resonancias litúrgicas de Martín Luther King abogando por los Derechos Civiles y en un emergente coro de mujeres y homosexuales denunciando las injusticias de un patriarcado dirigido por una élite de hombres blancos.

Asombrada, vi que, en el trasfondo de estos movimientos políticos, la Guerra Civil Española era, como en Chile, una fuerza de inspiración. Al declararse esta guerra, Roosevelt se mantuvo neutral y prohibió la venta de armas a España. Sin embargo, el 25 de diciembre de 1936, se embarcaron los primeros combatientes de la Brigada 15 que incluiría el Batallón Abraham Lincoln, el Batallón George Washington y parte del Mackenzie-Papineau. Se calcula que tres mil ciudadanos de Estados Unidos se unieron a la Brigada para brindar apoyo bélico a los republicanos y su causa. La mayoría eran trabajadores y sindicalistas que pertenecían al Partido Comunista o a los movimientos anarquistas en un país que, no obstante su desarrollo económico, implementaba y aún implementa la desigualdad social. Junto a ellos, también fueron a combatir profesores, estudiantes e intelectuales de izquierda.

De esta manera, esos tres mil combatientes se unieron a los más de cuarenta mil voluntarios de cincuenta y dos países (entre ellos, veinticinco de Chile) quienes lucharon contra el fascismo en una acción solidaria que resulta única en la Historia. Muchos murieron combatiendo y como dijera La Pasionaria, tuvieron como mortaja, la tierra de España.

En los movimientos políticos de los sesenta y los setenta en Estados Unidos, esta solidaridad ideológica y humanitaria hacia los republicanos se convirtió en un emblema. Los ex combatientes en la Guerra Civil Española iban siempre en la primera fila de las demostraciones por los Derechos Civiles o en contra de la Guerra de Vietnam en su calidad de héroes de la Humanidad y también como recordatorio de que Oliver Law había sido el primer afro-americano en toda la historia de Estados Unidos quien había estado en un cargo de Alto Mando cuando dirigió el Batallón Abraham Lincoln en España.

Los sólidos planteamientos políticos de estos movimientos se inspiraban en una noción que abarcaba a todos los seres humanos en una relación más allá de toda frontera nacional. “No se trata de pelear por tu país sino por la Humanidad entera”, afirmó Richard el primer día que fui a su casa. “Las campanas también doblan por ti”, agregó aludiendo a los versos de John Donne que Hemingway había utilizado como título para su novela. Y en este recuento vivencial de lo que ha significado para mí la Guerra Civil Española, ella ahora se convirtió en un lazo más que me unió a quien sería mi esposo.

Ese día, Richard me mostró las fotos de Robert Capa—aquel joven húngaro llamado Endre Friedmann quien exiliado en París, cambió su nombre e inició su carrera como fotógrafo

periodístico. En 1936, viajó con su compañera Gerda Taro a España donde ambos trabajaron como corresponsales de guerra. En julio de 1937, Gerda fue atropellada por un tanque mientras cubría la batalla de Brunete. En carta a su madre, Capa le dice que ha perdido al gran amor de su vida y que, para no morir de dolor, debe seguir dedicado a su trabajo. Y así, regresa a España en 1939, después de pasar seis meses en China durante la invasión japonesa.

A aquella foto en la cual sonríen los milicianos desde las ventanas de un tren donde se destacan las letras de un grafiti (“Jurad sobre estas letras hermano / antes morir que consentir tirano”), se contraponen la de aquellos que, tras la derrota, cruzan la frontera con Francia.

Sin embargo, lo que realmente conmueve en sus fotografías es la inserción de lo cotidiano como espacio de la devastación y la muerte. Hombres, mujeres y niños con la mirada fija en el cielo, no en un acto simbólico contemplando la morada de Dios, sino atentos al inminente bombardeo que se aproxima con su ruido ensordecedor. En otra foto, vemos a un miliciano escribiendo una carta sentado en el suelo de su precaria trinchera mientras un compañero a su lado lo observa pensando, tal vez, que aquellas palabras que está escribiendo serán leídas cuando uno de los dos ya esté muerto. Imágenes: un muchacho dormita apoyado en su fusil, una mujer corre por la calle llevando en brazos a su bebé y una niña pequeña llora sentada en la falda de su madre donde también se encuentra la cabeza de una muñeca, como símbolo de la mutilación de la inocencia.

Grabada en mi mente quedó la imagen de aquel hombre yaciendo boca abajo y sobre enormes piedras, redondeadas y lisas por el paso de algún río que antaño descendía por allí o por las ráfagas centenarias del viento. Ahí está él, con su rostro hundido en aquel cúmulo de piedras. Solo podemos ver su cuerpo cubierto por camisa y pantalones blancos de campesino y uno desea que esté descansando de su trabajo, pero sus pies calzados por alpargatas y en una leve distorsión, indican que ha muerto.

Desde entonces, la experiencia de los testimoniales visuales me ha parecido muchísimo más contradictoria que aquella engendrada por la literatura que es, en esencia, leer como verdadero aquello que sabemos que no lo es. Las imágenes testimoniales son el registro de un presente que ya no existe y por lo tanto, corresponde también a lo ausente. Esas imágenes son visibles y sin embargo, intangibles: su corporeidad está allí ante nuestros ojos, pero al querer palparla, la yema de los dedos se tropieza con la materialidad de la cartulina en la cual la imagen está impresa.

Cuando en la Universidad de Kansas vi el documental “Morir en Madrid”, la esencia contradictoria de las imágenes me pareció aún más intensa al tener sonido y movimiento que me hacían entrar en aquellos lugares y estar en medio de la gente o junto al rostro de una anciana en *close-up*. Sin embargo, restringida a mi rol de observadora, no podía actuar en una agencia vedada por ese presente que era también el pasado ya desaparecido.

El teatro estaba lleno de público en esa pequeña ciudad universitaria en medio de extensas praderas y granjeros pendientes del ganado y las cosechas. Aunque muchos de los estudiantes no conocían los detalles de la Guerra Civil Española, les atraía la imagen, un tanto romántica, de aquellos compatriotas que habían viajado a España en un acto voluntario de solidaridad que nada tenía que ver con el reclutamiento forzado que obligaba a luchar en la Guerra de Vietnam y tantas otras guerras en defensa de los intereses económicos de Estados Unidos.

“Morir en Madrid” me produjo una profunda congoja. Junto a las fechas exactas, el mapa bélico y las cifras devastadoras de las muertes ocurridas, fluía el torrente de las imágenes como en una pesadilla: gente que corre angustiada por las calles de Madrid, milicianos que avanzan en

un ataque o contra ataque desigual puesto que los enemigos son soldados de profesión y oficio, cuerpos muertos sobre el cemento y junto a ellos, los dolientes que lloran y en vano elevan los brazos al cielo, rostros de niños atemorizados, cadáveres en diversos campos de batalla, cadáveres enterrados en la nieve bajo las nubes de Teruel. Seres humanos que huyen acarreado un niño pequeño, un pariente enfermo y uno o dos bultos con sus pertenencias en un éxodo que no les permitirá regresar a la patria.

Disparos y detonaciones. Silbido de balas, sonido seco y acompasado de metralletas. Humaredas dejadas por las balaceras y las bombas. Humaredas de los incendios que los bombardeos dejan a su paso. Humo en el cielo y en la tierra. Casas y edificios destruidos, ruinas empapadas de sangre, de gritos, de sollozos. Desastre—aquello que los griegos definieron como la mala estrella que causa infinitos infortunios. Pero aquí no se trata de las estrellas sino de ciclones bélicos y antagonismos humanos.

Dos años después, recibí la noticia del Golpe Militar en Chile y con un estremecimiento que me erizó la piel, oí desde lejos una voz recia que gritaba: “¡Arriba España!”—esa frase que, en un empoderamiento fascista del lenguaje, se exclamaba en medio de la victoria y se siguió exclamando al apresar a una víctima, al dar la orden de un fusilamiento. Y mi intuición fue confirmada. Presos políticos, torturas, muertos desaparecidos. El cadáver de Víctor Jara arrojado en una calle cerca del cementerio en Santiago después de ser brutalmente golpeado y recibir cuarenta y cuatro balazos. Al saber la noticia, me pregunté, con mucha angustia, por qué le habían disparado tantas veces cuando, con un solo disparo en la sien, habría muerto. Y con dolor, comprendí que, en su asesinato, hervía también el odio, ese odio que, en nombre de Dios y del Orden, de la Espada y de la Cruz, Franco enarboló contra los republicanos. También recibí noticias de los movimientos de resistencia—ese caudal de heroísmos anónimos aunque siempre presentes en el oleaje tumultuoso del devenir histórico.

Mi novela *Muñeca brava* transcurre durante la dictadura en Chile aunque la figura del dictador no se restringe al abominable Pinochet. En él se funden las sombras de Franco y otros dictadores, como símbolo de la distorsión cruel y a veces, grotesca de todo lo humano.

Año a año, fui conociendo detalles atroces de las torturas en Chile y el torturador se transformó, para mí, en un siniestro enigma. Cómo era posible que alguien fuera capaz de convertirse en victimario para golpear, herir y matar a un semejante utilizando métodos cuidadosamente diseñados y con una actitud de pleno sadismo. Llegué a la conclusión de que, en esa metamorfosis, se daba una fuerza satánica y contradictoriamente regimentada puesto que el torturador, al regresar a su hogar, vuelve a ser el padre y esposo cariñoso de siempre en una dualidad que también se observa en el caso de los asesinos en serie (perfectos ciudadanos y buenos vecinos que una noche salen de sus casas para matar).

Mi novela *Travesías del hombre lobo* se gestó a partir de estas reflexiones y los crímenes de Antonio tienen, como trasfondo y en contrapunto, los crímenes de la dictadura. La metáfora del hombre supuestamente bueno que se transforma en lobo sanguinario se reitera en mis cuentos incluidos en *Las pistas de Lucifer*. Las palabras de la gitana Maleva quien dice en la película: “Todo hombre bueno es capaz de convertirse en asesino” me hicieron comprender que el Mal, más que una dualidad, es un flujo ambiguo e imprevisto. De allí que estos cuentos se elaboren dentro de la estética de lo fantástico, de aquellos relatos inquietantes y misteriosos que ponen en duda toda Verdad Absoluta.

En una arqueología de mi propio Saber, la Guerra Civil Española ha sido una presencia constante. Desde los márgenes de la Historia Oficial, ha llegado a mí a través de voces e

imágenes que absorbí a partir de la emoción y no desde una perspectiva exclusivamente intelectual.

Con Richard siempre hablábamos de ella en esa coincidencia vivencial que tanto nos unía. Durante la dictadura de Franco, éramos capaces de detectar las señales tangenciales de la literatura de posguerra aludiendo, de manera velada y por temor a la censura, a esa herida abierta que dejó la guerra civil. Y después de la muerte del dictador, en cada una de las numerosas películas que se produjeron y siguen produciéndose, siempre conocíamos una historia más—otro retazo histórico o ficcional de la injusticia y el dolor humano. Cómo olvidar cuánto nos conmovió caminar por las calles de Oviedo y Guijón—aquellas ciudades donde ocurrió el Levantamiento de Asturias que dejó mil quinientos muertos y fue solo el inicio de tantas masacres. Cómo olvidar nuestro repudio casi visceral al ver las águilas y otros símbolos fascistas en El Valle de los Caídos irradiando los siniestros signos del poder desmedido y la impiedad.

En sus últimos años, Richard se dedicó por entero a leer y releer libros sobre la Guerra Civil Española. Lo hacía sin dejar nunca de emitir una exclamación de interés o compasión. En una nota a pie de página en *The Spanish Civil War* de Hugh Thomas, el autor brevemente cuenta la historia de una adolescente que había sido enviada a un convento para que se convirtiera en monja. Durante la guerra, hizo una larga caminata hasta su hogar en las cercanías de Badajoz y al llegar, llevaba un vestido adornado de lentejuelas. Atavío que hizo pensar que ahora era una prostituta y por esta razón, los habitantes de la villa la inmolaron junto a una noria.

Aquella nota sucinta engendró en Richard muchas reflexiones y preguntas. ¿Se había realmente convertido esa joven en prostituta o en el largo viaje hacia su casa, por alguna razón había tenido que cambiar su hábito de novicia? ¿Qué personas encontró mientras avanzaba por algún sendero? ¿De qué manera conseguía alimento en plena guerra? ¿Qué pensamientos y sentimientos tenía al tropezarse con un cadáver en el camino? ¿Cómo reaccionaba al presenciar, desde lejos o en el rincón de una trinchera, una batalla en la cual los hombres se estaban matando? Y el Dios que le habían enseñado en el convento, ¿se habría convertido ahora en un ser ausente?

Fue así como decidió escribir una novela e iniciar ese proceso creativo que reacciona ante la Historia y, al mismo tiempo, llena los vacíos de lo desconocido.

Al morir, dejó escritas varias páginas que no he tenido el valor de leer. Sobre su escritorio han quedado esas páginas junto con un mapa de España, el libro *Iberia* de James A. Michener y una reproducción de *Guernica*—testimonio pictórico que pone en evidencia el hecho de que la Historia también puede ser contada desde la emoción y el dolor.

En esa memoria colectiva configurada por retazos testimoniales, imágenes visuales, datos aislados y elaboraciones artísticas de un hecho histórico se redice la Historia Oficial, desde las laderas de esa impresión que traspasa los límites del evento en sí diseminándose en otras historias que hacen del Saber, un tipo de conocimiento engendrado a partir de lo personal y subjetivo, de aquello que deja una huella emocional y afectiva cargada de asombro, horror y compasión motivándonos a reflexionar acerca de la complejidad de la naturaleza humana.